

MI QUERIDO DOCTOR

Dr. Santiago Soto Obrador

UNA ESCUELA NUEVA

Formar una escuela de medicina es tarea que implica desarrollar un programa cuya estructura comprenda: el alero universitario, un grupo de profesores con especiales características para la docencia y un noble empeño en el trabajo, y un grupo de alumnos que hagan suyo dicho programa. La Universidad Finis Terrae, bajo la dirección de Pablo Baraona Urzúa, en el 2001, y bajo la rectoría de Roberto Guerrero del Río, se hizo parte y acogió el proyecto de formar esta Escuela de Medicina cuyo basamento fundamental es formar un médico general con muy buena información científica básica, que detente un alto grado de sentido humanitario, y que traiga en su corazón un doctor noble y solidario. El programa está diseñado de tal forma que el estudiante acceda a atender a un paciente desde el primer día de su llegada a la escuela. La Escuela de Medicina de esta universidad tomó la opción por la pobreza, no sólo porque ella misma tiene recursos modestos, sino por un imperativo moral, si se piensa que existen millones de chilenos bajo la línea de la dignidad de las personas. En estas circunstancias era necesario que el estudiante de

medicina lograra, con medios modestos, pero suficientes para el cometido de llegar a ser muy buen doctor, conformar su estudio no sólo al lado de la pobreza -y mientras ayudaba al necesitado-, sino que, inmerso en la pobreza, afinara el sentido de las dos armas fundamentales de la clínica: la historia médica o anamnesis y el examen físico. El programa está delineado con el convencimiento de que más del 85% de los diagnósticos se hace con estas dos armas de la semiología, y que la maestría en su uso permitirá un ahorro sustancial de divisas al país.

Pero no sólo eso.

El programa persigue la formación de un doctor que pueda conversar con su paciente y que lo examine cabalmente; que teja una red de afecto e incluso de amistad que lo una a su enfermo, y que llenando a este de confianza y de sensación de seguridad, satisfaga razonablemente las esperanzas que en él cifró el paciente. Una escuela como esta es una Escuela de Pensamiento, un mirar la medicina de otra manera y que podría resumirse en servir al paciente y no servirse de él; servir al paciente y aplicarle los adelantos tecnológicos y científicos con misericordia; servir al paciente enseñándole y demostrándole que él está primero, pero que las cosas en la vida son como son y que no puede accederse a todo lo que en la vida y en la medicina existe. Y que ni la enfermedad es la dueña de la muerte ni el médico es el dueño de la vida.

Había, pues, que buscar profesores que pusieran la ciencia a los pies del hombre y no a la inversa, como lo es en la actualidad, en que el ser humano es más bien utilizado por la ciencia, incluso violado por ella en sus derechos fundamentales de dignidad, y en su condición de ser un ente merecedor de altísima consideración. Para ofrecer al estudiante esta ciencia, se podría decir humanizada, es preciso tener claro que la escuela requiere formar médicos con basamento científico fuerte y no científicos fuertes con base médica. Y ello, porque cuando se contempla el desnudo de la medicina, su propia miseria, el médico quiere tajarla con los tules de otras ciencias. Y, al vestirla así, al hacer desaparecer la pobreza que a la medicina le es propia, se autoengaña y, sin darse siquiera cuenta, le va exigiendo al paciente también un «comportamiento» científico. En ese preciso momento, se muere la medicina y pasa el paciente a ser un «caso»; se le cambia el nombre por el de la enfermedad y como se convirtió en una «enfermedad» recibe el trato de esta y no el trato que debe recibir un hombre enfermo con variables tan importantes como las económicas, culturales, religiosas, sociales y familiares.

Si la ciencia es fascinante, la medicina no lo es.

En la ciencia, no hay dolor. En la medicina, el dolor está siempre presente. La ciencia puede producir dolor. La medicina debe en toda ocasión aliviarlo o hacerlo desaparecer. La ciencia usa al hombre. La medicina lo sirve. La ciencia permite avances que, a veces, pasan por sobre la dignidad del

hombre. La medicina debe servirse de los avances de la ciencia, respetando en todo caso la dignidad de la persona. De este modo, los profesores en esta escuela deben privilegiar a la persona y, por ello, requieren mayor reflexividad y mayor madurez para enfrentar los problemas que impone la dimensión científico-médica. Así como la universidad le dio alero a la escuela, le entregó sus valores e ideales universitarios de carácter universal y para el hombre, y los profesores idearon nuevas formas de enseñanza de una medicina humanizada, así también esta escuela requiere de alumnos que tengan como norte servir al hombre desde su condición de médicos; alumnos que tengan capacidad de entrega, sentido solidario, compasión por el que sufre, misericordia; estudiantes de medicina que, por solidaridad y compasión por un necesitado, estudien para devolverle la salud y no para obtener rendimientos sólo económicos o académicos; discípulos con nobleza de corazón.

Dadas estas tres condiciones: una universidad para la persona digna y libre, una escuela de pensamiento en medicina y un estudiante lleno de compasión, fui al sagrario a regalarle la escuela al Misericordioso Corazón de Jesús. Lejos de rigidizar este proyecto a un ente confesional, esta donación al Corazón del Señor asegura que, al igual que Él como Dios es infinitamente misericordioso con todos los hombres, esta escuela, con todas sus limitaciones, se confiesa misericordiosa con el hombre, y tanto, que le entregará al país médicos con la más grande y sincera compasión como sello y característica de ella. Este libro, *Mi querido doctor*, reeditado

con el permiso de la ACHS y a la cual estoy inmensamente agradecido, y con la ayuda de la Universidad Finis Terrae, es una muestra de nuestro ideal. Es así como es esta Escuela de Medicina. Es así como queremos a nuestros discípulos.

DEDICATORIA

A Tomás, mi padre, que se fue a vivir a las estrellas y no me llama por teléfono los viernes, desde entonces, y que tan feliz era con tener un hijo doctor; y a María, mi mamá, cuyo sacrificio y renunciaciones permitieron que yo me hiciera médico. A María Inés, compañera de ruta, abnegada, comprensiva, a quien le he robado tanto tiempo y cuyo esfuerzo ha adornado el hogar. A mis hijos Christian, Ximena Carolina y Cristóbal, que me han enseñado a aceptar la vida como es y que le han dado sabor a felicidad al pan de cada día. A mis pacientes, que han dejado honda huella en mi corazón y sin cuya ayuda yo no habría llegado a ser médico. A mis condiscípulos y colegas, de quienes estoy sincera y hondamente agradecido.

Y a mis alumnos, a los que les ofrecí con honestidad todo lo que sabía con el objetivo de que se hicieran médicos.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

«*Ea est autem (via ad obtinendam veritatem) prima humilits, secunda humilitas, tertia humilitas*».

San Agustín, Epíst. 118, III, 22 t., col. 442

Mi querido doctor es una obra orientada a la educación médica escrita por Santiago Soto Obrador, *humanitatis medicum*, catedrático, católico y “formador de formadores” en el área de la medicina.

Entre *tradición hipocrática* y *pandeia christi agustiniana*, su aportación amplía el horizonte, la libertad y la invención constructiva creativa. Reflexiona “para” sus estudiantes con lisura (peculiaridad de su estilo literario) y de modo cercano transmite premisas subyacentes: quien trabaja en un oficio de alta especialidad, con impacto socio-familiar y público como es la medicina, es llevado a preocuparse de las necesidades del otro vulnerable, quien es su paciente. La vocación y responsabilidad del facultativo abarca todas las esferas de su dimensión humana. Supuestos ambos elaborados desde lo fenomenológico con exactitud, concisión y puntualidad inapelables.

La orientación a la búsqueda de la verdad -academia- en situaciones cotidianas de la profesión médica, a saber, pudor, emoción, secreto profesional (en relación a la protección de los datos personales de carácter sensible), paso práctico, soledad del paciente y su participación en el diagnóstico/terapia, interconsulta, ética en la toma de decisiones, diagnóstico diferencial, ciencia/arte, vocación y trabajo en equipo, compasión, vida como trayecto, finitud, trascendencia, caridad, anatomía, misericordia, estímulo, entre otros, constituyen una advertencia a la forma en que se enseña la medicina. A través de recursos metafóricos (flauta/vasija, por ejemplo), alusión al Salmo 138 y cuentos principalmente, observa cómo se avanza o se pierde la contemplación del *nomen dignitatem*, es decir, de la persona humana única, irrepetible y maravillosa, que detenta un carácter esencialmente dependiente y vulnerable durante todo su ciclo vital.

Todavía, esta lectura instituye una contribución a la libertad; la generosidad y desprendimiento del autor es siempre teleológica y tiene consecuencias prácticas. El hombre práctico peligra permanecer hermético en el limitado campo de sus ocupaciones y se transforma en esclavo de sus hábitos, con las correlativas evasiones e impulsos de temperamento y ocasión, lo que en el tiempo puede generar una monotonía y desencanto (a veces, imperceptible) en el ejercicio de la profesión. Cada uno es pensador en la medida que cumple -en mayor o menor grado- un esfuerzo por superar dicha mediocridad. Y cuando la reflexión se activa con eficacia, el

resultado es la emancipación. La función activa del educador médico consiste, entonces, en proporcionar herramientas a su discípulo que lo hagan capaz de conducir el propio oficio con espíritu independiente, respetando la tradición e impidiendo que se excuse en ella cuando cae en la monotonía, en la unilateralidad de los caprichos o de los intereses personales.

Esta reflexión es crucial en la realidad hodierna y se refleja claramente en el ámbito de las demandas sociales y políticas, que se traducen en leyes destinadas a proteger los “derechos de los pacientes” (me refiero específicamente a la Ley N°20.584, ley sobre derechos y deberes de las personas en su atención en salud). Sin desmerecer el esfuerzo democrático y particularmente jurídico de estas normativas, es lamentable, desde la reflexión ética, verificar que ellas surgen porque la conciencia colectiva reclama ante la desvaloración/desprecio que ejercen los equipos de salud (todo o parte), respecto de su propia condición humana. Y es aquí donde el autor observa, con inteligencia, la importancia de la alianza terapéutica como preventivo de la responsabilidad médica y, más aún, como imperativo ético básico del facultativo.

En lo personal, es un honor prologar esta obra y sostengo que lo más precioso de ella es que Santiago logra con humildad y lucidez, no obstante su introversión habitual, develar su alma y, además, su vocación de médico.

La presente segunda edición de *Mi querido Doctor*, a través de la Colección Bioética de la Universidad Finis Terrae, constituye un tributo de reconocimiento pendiente que esta casa de estudios mantiene con quien fuese el primer pensador humanista y decano de su Facultad de Medicina.

Ángela Arenas Massa

Dra. en Bioética

Directora Instituto de Bioética UFT

Santiago de Chile, mayo 2013

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Deseaba que un médico famoso me hubiera hecho el favor de prologar este libro. Después de pensarlo, me arrepentí. Es muy modesta esta obra para solicitar ese servicio; habla sólo de lo habitual, de lo que siempre discuto con los estudiantes de medicina. Con ellos he sido particularmente severo en la observancia de sus relaciones con los pacientes y, por ello, he sido criticado en múltiples oportunidades. Incluso, en una ocasión, un grupo de estudiantes de tercer año de la carrera de medicina en mi escuela entregó al Director un informe sobre mi trato duro y «estresante» en la enseñanza práctica de la medicina. No pensaron ellos, y por eso es preciso perdonarlos, que la vida del médico es mucho más severa y exigente. Nuestros médicos deben ser de la mejor estirpe académica y la exigencia de las diferentes Escuelas de Medicina necesita ser mucho más fuerte que lo que ha sido hasta el momento. Los tiempos que se avecinan obligan a repensar nuestros programas de formación y a enmarcarlos en el hombre y en su servicio; y todo el conocimiento médico deberá ser presentado como un cúmulo de hechos destinado a satisfacer la búsqueda que el hombre hace para un mejor vivir y un mejor morir. Es evidente que la enseñanza médica deberá enriquecerse cada vez más de conceptos éticos que, por ser suficientemente generales, no requieran estar revisándose de acuerdo a los

hallazgos científicos de moda. La medicina no ha sido una excepción de la experiencia de los tiempos que corren: su ética ha ido por detrás de los hechos científicos. Es necesario invertir la situación; de otro modo, el hombre continuará desorientado y el médico proseguirá sirviendo a la técnica en desmedro de aquel. Es imperioso no desmayar en esta tarea y continuar tratando de someter la técnica al servicio de la humanidad. Hasta ahora, esta lucha parece perdida.

Este libro no es un tratado de ética, ni de filosofía. Sólo muestra lugares comunes. Sólo pretende rescatar lo que nos es propio: ayudarnos.

Dr. Santiago Soto Obrador

Profesor Titular de Medicina. Universidad Católica de Chile

Creador, Fundador y Decano de la Facultad de Medicina

de la Universidad Finis Terrae